

SOCIEDAD DE SALVAMENTOS DE NAUFRAGOS



Un ameno escritor marítimo lo dijo, y otros no tan amenos lo repetimos, que «la institución de Salvamentos de Náufragos, será siempre la señora para todo el que navegue y aun para todo aquél que tenga buenos sentimientos aunque no navegue y la pndrá en el sitio de preferencia.»

Por tal razón, la «Sociedad humanitaria de Salvamentos de Guipúzcoa», que, modestamente, ha reservado su festival para cuando se han agotado los brillantes programas de fiestas que, admiradas y contempladas por los de casa y por los que nos honran con sus visitas, han sido dignas del patriotismo, gusto y cultura de San Sebastián, preséntase hoy ante marinos y no marinos, segura de que sus hombres serán acogidos con el aplauso que merecen los que, con abnegación, heroismo y desinterés, cumplen los altos fines de la humanitaria institución: evitar naufragios, salvar naufragos, recompensar á los salvadores de éstos.

Tres son los actos ó números del programa que realizará hoy nuestra Sociedad de Salvamentos, y de los tres dió la prensa local detalles interesantes, que he de repetir aquí.

Trátase por el primero, de practicar y de adiestrar á la brigada de salvamentos y á las personas que presencien el ejercicio, en el manejo de los cohetes lanzacabos que, poniendo en comunicación el buque naufrago con la costa, proporcionan un medio relativamente fácil de salvación á los tripulantes del buque encallado, cuando las rompientes ó los peñascos impiden el acceso del bote salvavidas ó de la trainera que, á falta de aquél, sale del puerto, tripulada por hombres de corazón intrépido.

Con el concurso de natación, tiéndose á estimular la afición á ese ejercicio que, útil para la higiene y para el desarrollo de la gente joven, io es en mayor grado para quien por un accidente que tanto se repite, pudiera perder su vida mientras la salvarsen otros que supiesen sostenerse y aún avanzar sobre el mar hasta llegar á tierra ó ser socorridos por la embarcación que vaya en su auxilio.

El tercer acto, el que ha de revestir mayor solemnidad, es el de la distribución de premios á los que, sin acordarse de la propia vida, corrieron presurosos á salvar las de quienes estaban á punto de sumergirse en las tenebrosidades del turbulento mar Cantábrico.

Hace un año próximamente verificóse una ceremonia semejante en nuestra Casa Consistorial, y al relatarla en las páginas de la EUSKAL-ERRIA, nos condolíamos de que, á pesar de la importancia y trascendencia que tales actos implican, se verificasen ante la indiferencia del público que tanto bulle, aún en pueriles ceremonias. Y, sin embargo, aquella repartición de premios, tuvo, como lo han tenido otras semejantes que hemos presenciado y como io tendrá la de hoy, un especial encanto.

Nuestros marinos, al presentarse en la sala, al acercarse á recibir los premios que en medallas honoríficas ó en metálico se les concede, no se asemejan ni al estudiante aprovechado, ni al militar valeroso, ni al triunfador de una carrera, ni aun á sí mismos cuando han ganado el premio de una regata. Tras la regata se presentan altaneros, discutidores, exigentes de lo que, con justicia, conceptúan tener bien ganado; pero tras la epopeya en que fueron héroes y despreciaron la propia vida refundiéndola toda en el supremo anhelo de rescatar la que corría inminente riesgo, preséntase el marino—que no ignora la procedencia del premio—como quien va á recibir una merced de los señores que forman la mesa, y así es que se acerca, tembloroso, bulbuciente, confundido ante los agasajos y enhorabuenas que recibe por su conducta, y por la distinción que guardará con tanta estima.

Y es que allí, en las regatas, pensó la cabeza y recordó que había un premio material; y aquí, en el naufragio, el corazón lo hizo todo.

No se acordó el salvador valiente, de la asiduidad de la Sociedad de Salvamentos que le seguía con mirada anhelante y generosa; sólo veía el punto refulgente que señalaba el sitio del naufragio; sólo oía la voz del atribulado náufrago que repercutía en las ondas pidiendo auxilio, y la voz de Dios que repercutía en lo último de su ser, infundién-

dole ánimo y haciéndole comprender el valor inmenso de su acción cristiana y humanitaria.

La Sociedad Española de Salvamento de Náufragos, cuya acción se extiende por todo el litoral por medio de sus juntas locales, lleva salvadas directamente desde su fundación, más de 1.200 vidas y repartidas entre los salvadores, 8 medallas de oro, cerca de 500 de plata, más de 1.500 de bronce y unas 100.000 pesetas en metálico, habiendo otorgado, además 6.000 premios á personas que, sin el concurso de la Sociedad, han salvado á individuos que corrían riesgo de ahogarse en el mar.

Al frente de la Sociedad, tanto en la central de Madrid como en las juntas locales de los puertos, están hombres esforzados, de sentimientos bondadosos, que vigilan y se ocupan de cuanto conduce al mejor y más rápido servicio de los salvamentos de náufragos; y téngase en cuenta que tales hombres, aparte su inteligencia y su trabajo personal, aportan á la Sociedad una cuota anual para su sostenimiento.

Generosos donantes, como el rey, que es su primer socio protector, y como el filántropo Monsieur Robin, han instituido premios especiales para salvamentos verificados en circunstancias de mérito superior; pero á pesar de todo ello y del apoyo que la prestan algunas corporaciones populares, como sucede en estas provincias, se hace preciso que se inscriban cuantos amen el mar y tengan simpatía por los navegantes; cuantos tengan sentimientos de caridad. Después de todo, la cuota fijada como normal no representa ningún sacrificio. Una ó dos pesetas mensuales, bastan para ser socio y sentir la satisfacción de contibuir al pago de los marineros que constituyen las brigadas y tripulaciones de los botes salvavidas y á costear los premios para esos valientes salvadores de náufragos.

JULIÁN DE SALAZAR.

